

Ricardo

Pelayo Pérez

Recepción 19/03/21

Hay en los textos, en las palabras vividas, de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, una inaudita facultad de ensoñación, de hacer *soñar*. No es menos cierto que, al leer o escuchar a Ricardo, conviene estar muy despierto, pues es esta la condición de posibilidad de aquella.

El *sueño* habita el inconsciente, incluso el sueño despierto, meditabundo. Hay autores, como Gustavo Bueno o el propio Marc Richir, por citar aquellos verdaderamente extraordinarios que nos vinculan ineluctablemente a Ricardo, en los cuales la exigencia constructiva nos obliga a descubrir ese “plano de consistencia” que mentaba Deleuze, para así recorrer el edificio en el que nos invitaban a entrar con toda una promesa, con una estructura tal que, en cada estancia, nuestras preguntas, nuestras sospechas, incluso nuestras esperanzas, iban acomodándose, encontrando la figura, la geometría exacta de su ubicación...Pero Ricardo, que ya los habría “deconstruido”, aunque no a la manera de Derrida, precisamente por ello nos invitaba a *soñar*.

En este sentido, que en su *Estromatología* encontremos una persuasiva interpretación de *El Castillo* de Kafka, alegoría que nos hará “ver” el *sueño* fenomenológico por excelencia, es toda una declaración de intenciones.

Cierto es que también hay quienes al leer a Ricardo han creído que su discurso no es sino una especie de delirio, una pesadilla. Pero es el espíritu de la pesantez lo que los mueve, un espíritu calculador, estéril por circular, incapaz de soñar, de la audacia que todo *sueño* exige. Sin esta capacidad de ensoñación es imposible entender nada, aún menos a un filósofo verdadero como es el caso. De ahí que abunden los filósofos “académicos”, los comentadores, los roedores de citas, fechas, interpretaciones. Requiebros filológicos carentes de virtualidad, de metafóricidad, del impulso que excede los límites de lo previsto. Estos autores nos duermen, en el mejor de los casos, pero no

nos hacen soñar. Es una de las desgracias de nuestro tiempo reticular, en el que hasta los sueños están digitalizados.

Ricardo es, además o acaso por ello mismo, un artista genuino, consumado, de la madera, la piedra, el sonido, la palabra. Y es por ello, no hay más que leer atenta, pausadamente sus textos, un poeta. Un poeta de la intencionalidad diría yo. No es casual que haya traducido a Safo o Arquíloco, ni que Celan surja a menudo en sus conversaciones, en sus lecturas habituales. De donde que la diferencia entre “arte” y “estética”, adquiera una dimensión “intensional” que desborda la propia matriz técnica, “estratégica” donde se insertan, se diferencian y ordenan. Ahí, al señalar las diferencias, Ricardo nos deja ver la tensión afectiva, el momento sublime que va de la una a la otra...

Los textos de Ricardo, al fin, son piezas contrapuntísticas, con al menos dos o tres voces: reconocemos en ellas, claro está, a Husserl, pero también toda la estructura que Gustavo Bueno expuso desde sus “ensayos materialistas” hasta la partitura incompleta de la “Teoría del Cierre categorial”. El contrapunto surge con la escansión que Merleau-Ponty deja ver en la arquitectónica richiriana, ahí donde aparece, en lo invisible, en ese “inconsciente fenomenológico” donde habitan los *sueños*, “le sens se faisant”.

El “sentido haciéndose” es el inaudito sonido de un silencio que abre caminos transposibles, rutas que alcanzarán su visibilidad, su transpasibilidad, y su escucha, su habla. A diferencia de Leroi-Gourhan que tenía en la exosomatización la causa de la hominización, Ricardo nos muestra al “animal intencional”, sin el cual no hay externalización posible, pues esta no se da, no se completa, sin que se nos abra ese campo de sueños, ahí donde las cosas serán vividas, imaginadas, sentidas y donde el fenómeno hará su aparecencia...es ahí donde el exceso de sí lleva al “animal intencional” hacia su devenir humano.

El territorio que rotura el pensamiento de Ortiz de Urbina es el que se abre paso a través del denso bosque que recubre la realidad de las cosas. Para ello ha tenido que desligarse de su clasicismo inicial, de su vínculo con la filosofía clásica, aquella que, en cierto modo, hacia bascular al propio Husserl hacia posiciones idealistas, enfrentándose él mismo y su fenomenología, a aporías y distorsiones de imposible superación. Pero lo cierto es que el camino y el impulso estaban ahí, abriendo surcos hacia un más acá del psicologismo naturalista...

La nueva fenomenología, que es una filosofía postclásica, se cimenta sobre este legado husserliano, remontando críticamente sus escollos: la primacía eidética, el ego trascendental, la cuestión del tiempo y del “ahora”, etc...No hay, a su vez, opciones para las especulaciones teologizantes, a la manera de Michel Henry o Marion, pero tampoco para las “narrativas” hermenéuticas de Ricoeur o la frondosidad de Levinas, aunque todos ellos contribuyan a esta renovación, que tendrá en Marc Richir su *maître à penser*, y donde Ricardo lo será entre nosotros, en la “fenomenología del sur”.

Los años transcurridos entre la tesis de 1972 sobre la “idea de la verdad en Husserl” y sus primeros escritos que ya recogen esta renovación, que lo deslindan de aquella, en la década de los años 90 del pasado siglo, son los años de su “travesía del desierto”, pero lo son de intenso trabajo, de traducciones, de seminarios de estética, de recapitulaciones y asimilación que lo situarán en esa vanguardia que irá cobrando cuerpo y voz.

Soñar puede resultar equívoco cuando nos referimos a un fenomenólogo, máxime cuando califica su fenomenología como “materialismo fenomenológico”. Pero es que “soñar” no es sinónimo de especular, de fantasear, de elucubrar, al contrario. El *sueño* que induce la palabra ricardiana es el sueño despierto, concentrado, lúcido, en el cual “las cosas mismas” aparecen en su (com)parencia. Y somos nosotros mismos los ahí convocados. Egos operatorios que, mediante esta peculiar ensoñación, dis-currimos hacia territorios en-sí-mismáticos. Es el trans-currir de la subjetividad, su trenzado, su urdimbre, y su trama.

“Urdimbre y necesidad” se titulaba un libro leído en mi juventud. Lo escribió el psiquiatra Rof Carballo que intentó instaurar la medicina psicosomática en nuestro país. Hoy lo recuerdo al recordar la trayectoria de Sanchez Ortiz de Urbina, un filósofo que nos enseña esa urdimbre necesaria de nuestro ser-en-el-mundo. Del sueño por excelencia de este animal intencional, la ensoñación que nos convierte en humanos...esa ensoñación que tiene en el “psiquismo, un grano de locura”, como señala Levinas, y del que, como nos dice Ricardo, el inconsciente fenomenológico nos protege.

Se habrá comprendido que estas son unas palabras dictadas por la amistad. No es menos cierto que, aún siendo de parte, lo son también de reconocimiento. En realidad, no podemos ser amigos si no es de aquellos en los que nos reconocemos, aquellos que por eso nos hacen mejores: la amistad es, ella sí, “la narrativa del ipse”, como la mis-

midad del relato en todas su variantes, sus rostros diversos, sus anécdotas, incluso sus variaciones y contingencias. Justamente, porque no somos idénticos podemos amarnos como iguales. La amistad es el sueño por excelencia: el sueño del otro que soy.

Cuando me encuentro con Ricardo, con su persona, con su palabra, con sus escritos o también con su silencio, me encuentro con aquel que no soy, pero me hubiera encantado ser, con otro que yo, diferente, mejor, admirable, pero que me alcanza ahí donde mi propia humanidad se reconoce en la suya, ahí donde aún abrigamos esperanzas, asombros, oasis en medio de este “desierto que crece” con toda esa in-humanidad que nos cerca e intenta reducir a meros impulsos ciegos, alfanuméricos, “sombras de un sueño”, espejismo de este desierto donde algo cree ver a alguien.

De esta “miseria simbólica” donde hasta la filosofía y el arte parecen desfallecer y plegarse al plano de inconsistencia actual, me ha rescatado este amigo al cual me he acercado no a través de reseñas de su obra, de la “deconstrucción” de su armadura, para lo cual los hay más dotados y dispuestos. He querido acercarme a través de su sombra para alcanzar el *sueño* reparador, el sueño que, como enseñara Freud, siempre guarda un deseo, al menos latente, palpitante, que a veces atisbamos en *phantasia* en el otro, en el reverso de las cosas donde el enigma que somos se disuelve.

10

Nº 100
mayo-junio
2021

“Cómo aceptar hablar de este amigo? Ni para alabanza ni en interés de alguna verdad. Los rasgos de su carácter, las formas de su existencia, los episodios de su vida, incluso de acuerdo con la búsqueda de la que se sintió responsable hasta la irresponsabilidad, no pertenecen a nadie. No hay testigos. Los más cercanos no dicen más que lo que les fue cercano, no lo lejano que se afirmó en su proximidad...”

Estas líneas, tomadas de las espléndidas palabras dirigidas al amigo desaparecido, George Bataille, por Maurice Blanchot, bajo el título de “La Amistad”, tenía pensado abrieran este acercamiento a la obra y a la vida, que late en todos sus gestos y palabras, de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina. Pero al cambiarles el lugar, al cerrar con el texto de Blanchot esta aproximación, quiero destacar la afectividad que recorre estas líneas que se quisieran acordes con esa afectividad que modula toda la obra en marcha de Urbina, toda su búsqueda de sentido, toda la pulsión artística, filosófica...

El resto es deconstrucción, análisis, crítica e incluso homenajes bien merecidos como este. Pero aquí de lo que se trata es de esa otra cosa que se nos escapa, que palpita en la palabra silenciosa, entre las líneas de un libro, en esa tonalidad de los encuentros, de los recuerdos, en el “tiempo de la vida” que compartimos y en el vínculo con su obrar, con su pensar, con su sentir. Pues para todo lo demás siempre hay un plazo, un momento, una ocasión adecuada. Ahora no, ahora es el instante único de la amistad y del reconocimiento.

